

El progreso del Peregrino (XXVIII)

Continuación

CRISTIANO - ¿Y cómo aplicaste esto a tu propio caso?

ESPERANZA - Pensé de la manera siguiente: Por mis pecados he adquirido una gran deuda con Dios, y mi reforma presente no podrá liquidar aquella deuda; así que, aun en medio de todas mis enmiendas, tengo que pensar en el cómo me he de librar de esa condenación en que incurri por mis transgresiones anteriores.

CRISTIANO - Es mucha verdad. Sigue, sigue.

ESPERANZA - Otra de las cosas que más me sigue molestando desde mi reciente reforma es la siguiente: que si me pongo a examinar minuciosamente aun mis mejores acciones, siempre puedo ver en ellas pecado, nuevo pecado mezclándose con todo lo mejor que pueda hacer; de manera que me veo obligado a suponer que, a pesar de mis anteriores vanas ideas de mí mismo y de mis deberes, cometo en un día pecado bastante para hundirme en el infierno, aunque mi vida anterior hubiese sido intachable.

CRISTIANO - ¿Y qué hiciste después de estos pensamientos?

ESPERANZA - ¿Qué hice? Yo no sabía qué hacer hasta que abrí mi corazón a Fiel, porque él y yo nos conocíamos mucho, y me dijo que sólo con la justicia de un hombre que nunca hubiese pecado, yo podía salvarme; ni mi propia ni la de todo el mundo era bastante para ello.

CRISTIANO - ¿Y te pareció eso verdad?

ESPERANZA - Si me lo hubiera dicho cuando estaba tan contento y satisfecho de mis propias reformas, le hubiera llamado necio; pero ahora que veo mi propia debilidad y el pecado mezclado en mis mejores acciones, me he visto obligado a ser de su opinión.

CRISTIANO - Pero cuando él te hizo por primera vez esta indicación, ¿te parecía posible encontrar un hombre tal, de quien se pudiera decir que nunca había pecado?

ESPERANZA - Tengo que confesar que sus palabras en un principio me parecieron muy extrañas; pero después de más conversación y más trato con él, me convencí realmente de ello.

CRISTIANO - ¿Y le preguntaste quién era ese hombre, y como habías de ser justificado por él?

ESPERANZA - Ah, sí; y me dijo: "es el Señor Jesús que está a la diestra del Altísimo." Y añadió: "has de ser justificado por Él de esta manera, confiándote en lo que Él por sí mismo hizo en los días de su carne y lo que sufrió cuando fue colgado en el madero" (Ro 4:5; Col 1:14; 1 P 1:19). Le pregunté, además, cómo podía ser que la justicia de aquel hombre pudiese tener tal eficacia que justificase a otro delante de Dios, y me dijo que aquel era el Dios poderoso, y que lo que hizo y la muerte que padeció no eran para sí mismo, sino para mí, a quien serían imputados sus hechos y todo su valor al creer en él.

CRISTIANO - ¿Y qué hiciste entonces?

ESPERANZA - Hice objeciones contra la fe de esto, porque parecía que el Señor no estaba dispuesto a salvarme.

CRISTIANO - ¿Y qué te dijo Fiel entonces?

ESPERANZA - Me dijo que fuera a él y viera; yo le objeté esto sería en mí, presunción; él me contestó que no, que había sido invitado a ir. En esto me dio un libro que Jesús había dictado, para animarme a acudir con más libertad, añadiendo que cada jota y tilde en él estaba más firmes que el cielo y la tierra (Mt 24:35). Entonces le pregunté qué era lo que debía hacer para acercarme a Él; y me enseñó que debía invocarle de rodillas (Sal 95:6), debía implorar con todo mi corazón y mi alma (Jer 29:12-13) al Padre a que revelase a su Hijo en mí. Volví a preguntar acerca del cómo debía hacerle mis plegarias, y me dijo: Vete y le hallarás sentado sobre un propiciatorio, donde permanece siempre para dar perdón y remisión a los que se le acercan" (Éx 25:22; He 4:16). Le manifesté que no sabía qué decir cuando me presentaste a Él, y me recomendó que le dijese

Un Resplandeciente



1. Por fin vieron a uno de los Resplandecientes, el cual llevaba un látigo de pequeños cordeles. "Ese fue Lisonjeador," les dijo. Los dejó salir y los puso de nuevo en el camino correcto. Pero primero les castigó con el látigo diciendo:



2. "Yo reprendo y castigo a todos los que amo." Al seguir andando por el camino correcto se encontraron con un hombre que andaba con la espalda vuelta hacia Sión. Ateo (pues así era su nombre) les dijo:



3. "El Monte Sión no existe. He venido hasta aquí buscándolo; pero, como no he encontrado nada me vuelvo. "¿Será cierto?" le preguntó Cristiano a Esperanza. "¿Ningún Monte Sión?"



4. "¿Pero no vimos las puertas desde los Montes de las Delicias?" dijo Esperanza. "Andemos por fe." Y con esto dejaron a Ateo.



5. Pronto llegaron al País Encantado cuyo clima tenía la propiedad de causar sueño. Esperanza dijo: "Acostémonos a dormir." "No," contestó Cristiano, "hablemos."

Recuerdos de Fiel



1. Esperanza comenzó: "Yo pensé: 'Si un hombre tiene una deuda pero después paga sus cosas, sigue debiendo su deuda. Yo, por mis pecados, tengo una deuda con Dios y no puedo pagarla tratando de reformar mi comportamiento.'"



2. "Yo hablé con Fiel. él me dijo que ni toda la justicia del mundo me podía salvar si yo no obtenía la justicia de un hombre que nunca había pecado."



3. "El Señor Jesús era el Dios todopoderoso quien murió por mí, y a quien yo debía agradecer por sus obras y su pureza si fuera a creer en él. Fiel me persuadió a que le pidiera al Padre que me revelara su Hijo."



4. "¿Y te lo reveló el Padre?" "No a mis ojos sino a mi entendimiento. Un día pensé que veía al Señor Jesús."



5. "él me miró y dijo: 'Bástate mi gracia.' La belleza de Jesús hizo que yo amara una vida santa y que anhelara pelear por Él."

palabras como éstas: "Dios, sé propicio a mí pecador", y "Hazme conocer y creer en Jesucristo, porque reconozco que si no hubiera existido su justicia o si no tuviera yo fe en ella, estaría del todo perdido". "Señor, he oído que eres un Dios misericordioso, y que has puesto a tu Hijo Jesucristo como Salvador del mundo, y que estás dispuesto a concedérselo a un pobrecito pecador como yo, y en verdad que soy pecador. Señor, manifiéstate en esta ocasión y ensalza tu gracia en la salvación de mi alma mediante tu Hijo Jesucristo. Amén."

CRISTIANO - ¿Y lo hiciste así?

ESPERANZA - Sí; una y mil veces.

CRISTIANO - ¿Y el Padre te reveló a su Hijo?

ESPERANZA - No; ni la primera, ni la segunda, ni la tercera, ni la cuarta, ni la quinta, ni aun la sexta vez.

CRISTIANO - ¿Y qué hiciste al ver esto?

ESPERANZA - No sabía qué hacer.

CRISTIANO - ¿No estuviste tentado a abandonar la oración?

ESPERANZA - Sí; doscientas veces.

CRISTIANO - ¿Y cómo es que no lo hiciste?

ESPERANZA - Porque creía que era verdad lo que me había dicho, a saber: que sin la justicia de este Cristo, ni todo el mundo sería poderoso para salvarme, y, por tanto, discurría así conmigo mismo: Si lo dejo, me muero, y de todos modos quiero más morir al pie del trono de la gracia. Además, me vinieron a la memoria estas palabras: "Aunque se tardare, espéralo, que sin duda vendrá; no tardará" (Hab 2:3). Así, seguí orando hasta que el Padre me revelase a su Hijo.

CRISTIANO - ¿Y cómo te fue revelado?

ESPERANZA - No le vi con los ojos del cuerpo, sino con los del entendimiento (Ef 1:18-19). Y fue de esta manera: Un día estaba tristísimo, más triste, según me parece, que jamás había estado en mi vida, siendo causada esta tristeza por una nueva revelación de la magnitud y vileza de mis pecados, y cuando yo no esperaba otra cosa que el infierno, la eterna condenación de mi alma, de repente me pareció ver al Señor Jesús mirándome desde el cielo, y diciéndome: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo" (Hch 16:31).

Pero —contesté—, Señor, soy un pecador grande, muy grande". Y me respondió: "Bástate mi gracia" (2 Co 12:9). Volví a decirle: "Pero, Señor, ¿qué cosa es creer?" Y vi por aquel dicho: "El que a mí viene nunca tendrá hambre y el que en mí cree, no tendrá sed jamás (Jn 6:35), que el creer y el venir era todo una misma cosa, y que aquél que viene; es decir, que corre en su corazón y afectos tras la salvación por Cristo, aquél, en realidad, cree en Cristo. Entonces vinieron las lágrimas a mis ojos y seguí preguntando. "Pero, Señor, ¿puede, en verdad, un pecador tan grande como yo ser aceptado de ti y salvo por ti?" Y le oí decir: "Al que a mí viene no le echo fuera" (Jn 6:37). Y dije "Pero, Señor, ¿cómo he de pensar de ti, al venir a ti para que mi fe esté bien puesta en ti?" Y me dijo: "Jesucristo vino al mundo por salvar a los pecadores" (1 Tim 1:5). Él es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree. (Ro 10:4) "Él fue entregado por nuestros delitos y resucitado para nuestra justificación" (Ro 4:25). "Nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre" (Ap 1:5). "Él es el mediador entre Dios y nosotros" (1 Tim 2:5). "Él vive siempre para interceder por nosotros" (He 7:25). De todo lo cual colegí que buscar mi justificación en su persona, y la satisfacción de mis pecados en su sangre; que lo que hacía Él, obedeciendo a la ley de su Padre y sometiendo a la pena de ella, no era para sí mismo, sino para aquel que lo quiere aceptar para su salvación y que es agradecido; y entonces mi corazón se llenó de gozo, mis ojos de lágrimas y mis afectos rebosando de amor al nombre, al pueblo y a los caminos de Jesucristo.

CRISTIANO - Esta era, en verdad, revelación de Cristo a tu alma, pero especifícame los efectos que produjo en tu espíritu.

ESPERANZA - Me hizo ver que todo el mundo, a pesar de toda su propia justicia, está en estado de condenación; que Dios el Padre, aunque es justo, puede con justicia justificar al pecador que viene a El; me hizo ponerme grandemente avergonzado de mi vida anterior, y me humilló,

Continuará